

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI

AÑO 4

NÚM. 5-6

Nov. y Dic. de 1913



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
4835 - CALLE CHARCAS - 4835
BUENOS AIRES

LA ECONOMÍA POLÍTICA

SU CARÁCTER *

La economía es una de las ramas de otra ciencia más general, cuya razón de ser se ha discutido con empeño y erudición por prosélitos y adversarios: la *sociología*.

La sociología estudia el conjunto de las relaciones sociales y humanas. Es una ciencia eminentemente moderna y en vías de constitución, que deberá desenvolverse lenta y difícilmente, por la naturaleza de los fenómenos que tiene que estudiar (fenómenos sociales) y por las dificultades que existen para utilizar en sus investigaciones el método experimental.

J. S. Mill nos ha enseñado en su «Lógica» (Lib. VI, cap. VII) los inconvenientes con que se tropieza cuando se pretende adaptar el método experimental a las ciencias sociales.

El obstáculo consiste no sólo en la realización de las experiencias, por la variabilidad y movilidad de los hechos, sino también en la imposible anotación y contralor de los mismos, y en el peligro de que a cada momento cambien las circunstancias esenciales que consideró el observador al iniciar sus investigaciones. Pero no hay duda de que si en algún aspecto se revela en forma positiva la ciencia sociológica es en cuanto nos presenta el estudio de los fenómenos llamados económicos buscando las leyes que rigen el desenvolvimiento normal del progreso material de la sociedad, es decir, cuando se traduce en ciencia económica. Esta con-

(*) De un libro próximo a aparecer.

clusión explica la modalidad tendenciosa de la escuela del materialismo histórico, que ha sostenido con tanto brío la tesis de que la sociedad tiene por base de todos los fenómenos históricos políticos y jurídicos su estructura económica y que las formas de producción determinan los procesos del desenvolvimiento social.

Muchas son las fórmulas con que se ha querido dar, en la síntesis de una definición, el concepto de la economía política.

Los autores que han escrito sobre esta materia se han distinguido por su deseo de dar una fórmula precisa. Desde Adán Smith, considerado con justicia como uno de los fundadores de la ciencia económica en Inglaterra y en Europa, hasta los más ilustres autores contemporáneos, todos han ofrecido a la ciencia la síntesis de su concepto personal en la fórmula más o menos exacta de sus definiciones.

Smith tituló su obra: «Ciencia de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones». Tal título importa una verdadera definición.

Leroy-Beulieu la ha definido como: «la ciencia que constata las leyes generales que determinan la actividad y la eficacia de los esfuerzos humanos, por la producción y el goce de los diferentes bienes, que la naturaleza no acuerda gratuita ni espontáneamente al hombre».

Finalmente, para no analizar otras, por ser extraordinario el número de las que podríamos dar a conocer, diremos que el conocido autor español Piernas Hurtado define la Economía: «como la ciencia del orden de relaciones, que la actividad establece con la naturaleza y con nuestros semejantes, para conseguir los medios materiales, que reclaman las necesidades de la vida humana».

La primera definición, así como otras muchas semejantes, que consideran a la Economía la ciencia de la riqueza, no nos parece aceptable, a pesar de su origen digno de respeto, porque pudiera desprenderse de ella que la riqueza es un *fin* y no un *medio*.

Alguien ha dicho, con mucho acierto y gracia, que los productos se hacen para los hombres y no los hombres para los productos.

Es indiscutible que el fin de la ciencia económica es el:

progreso material de la sociedad, en términos generales ; pero este progreso consiste en la elevación gradual y colectiva de la manera de vivir de los individuos que forman el cuerpo social. Es una ciencia cuyos principios amplios y generosos se informan en el propósito de asegurar al mayor número de los miembros de la sociedad una existencia cada vez más cómoda y más digna.

Nos atreveremos también a dejar de lado, no obstante las autoridades científicas de que emanan, las otras dos definiciones que hemos ofrecido con respeto a la consideración del lector, por creer que ellas, si bien no carecen de exactitud y comprensión en grado apreciable, exceden el margen limitado que por razones de lógica se ha asignado a toda definición.

En consecuencia, y siguiendo el procedimiento habitual de los autores, propondremos, sin pretención alguna, la definición que nos sugiere nuestro punto de vista, en la que creemos que se hallan los elementos indispensables de concisión, claridad y comprensividad :

La Economía es la ciencia moral y social que estudia y ensaya los medios de obtener en la forma más eficaz el desarrollo armónico de la riqueza y el progreso material de la sociedad.

Esta, como todas las definiciones modernas, no responde al concepto etimológico de la palabra griega *oikonomía*, compuesta de las voces : *oikos* y *nomos*, que significan, respectivamente, casa o patrimonio y ley. De acuerdo con el significado de estas voces, la Economía quedaría reducida al manejo de los bienes y asuntos de índole puramente doméstica. Pero, como observa muy bien Piernas Hurtado, lo económico no es todo lo familiar ni sólo lo que a la familia se refiere, y, si bien llamamos económico a ciertos hechos que en ellas se realizan, calificamos del mismo modo a otros que tienen lugar en distintas esferas de la vida individual y social. (1)

Existen relaciones de intereses entre los hombres, que constituyen fenómenos sociales de orden natural. La preocupación de los economistas es encontrar las leyes que re-

(1) Piernas Hurtado. — «Principios elementales de ciencia económica». — Cap. II, pág. 14.

sultan de estos fenómenos y de su constatación dentro del grado posible de exactitud.

Las relaciones de interés a que nos hemos referido no se producen siempre en una forma arbitraria e inadaptable a normas o leyes generales. Cuando las rodean circunstancias análogas se reproducen o se repiten con tal grado de identidad que llega el momento en que el investigador puede señalar una efectiva concomitancia.

Se agrega, por consiguiente, a la constatación de esos fenómenos análogos y a veces periódicos que se observan en las relaciones de interés producidas entre los hombres, el análisis de los nuevos factores que de pronto aparecen, originando relaciones imprevistas. Dos fenómenos sociales pueden, por ejemplo, interesar a los economistas contemporáneos: el desarrollo de la gran industria y el desenvolvimiento de la propiedad inmobiliaria.

Hemos dicho que la economía política es una ciencia moral y social.

En efecto. No sólo de la mayor o menor riqueza de los miembros de una sociedad depende la felicidad de ésta. El propósito primordial, así del hombre considerado aisladamente como de los pueblos, es llegar a la consecución de ideales que importan, ante todo, una satisfacción espiritual.

La riqueza no es el *fin* sino un *medio* de llegar al logro de esas verdaderas satisfacciones espirituales. Por lo mismo, los bienes materiales tienen, ante los ojos del hombre, un mérito o valor equivalente al de las satisfacciones espirituales o morales que reportan.

Se podrá decir que, persiguiendo la economía política como fin inmediato el desarrollo progresivo de la riqueza, teniéndose como base un concepto de utilidad, no es del todo aceptable el carácter de ciencia moral que la atribuimos. Más aun, se ha dicho por adversarios, en cierto modo románticos, de esta ciencia, que está destinada a sacrificar los principios de la justicia en favor de la utilidad, y el derecho en aras del interés.

Hace ya más de dos mil años que Cicerón se anticipó a defenderla de este argumento adverso, diciendo: «do útil no puede estar en oposición con lo honesto: cuanto es honesto es útil».

El carácter moral de la ciencia económica ha sido sostenido con empeño por los economistas cristianos. Y se explica, porque la influencia de las leyes morales y religiosas en los principios económicos modifica considerablemente las conclusiones de la ciencia inspirada en un criterio materialista, influyendo con la mayor intensidad en la solución de un gran número de problemas de aplicación práctica, como, por ejemplo, el trabajo.

La denominación de *crematística* que daban los antiguos a la economía puramente material o arte de enriquecerse, distinguiéndola de la economía propiamente dicha o ciencia moral de la utilidad como parte de la ciencia del bien vivir, revela que establecían una diferencia entre el arte práctico de la riqueza y la ciencia moral y social de la economía.

En la Edad Media se ha conservado el lazo de unión entre el elemento moral y social, habiéndose aceptado por Santo Tomás la división de los antiguos. Y fué, precisamente, la superioridad del elemento moral lo que caracterizó la superioridad de la ciencia en la Edad Media.

Adán Smith fué quien, en primer término, estableció de una manera definitiva la separación del estudio de los fenómenos económicos, propiamente dicho, del de los fenómenos morales. El gran filósofo escocés, después de haber dictado su curso de lógica y de filosofía en Glasgow y de haber publicado su interesante obra «Teoría de los sentimientos morales», se vinculó con los fisiócratas, en 1773, con motivo de su visita a París. Su trato y su correspondencia con Condoreet, Turgot y otros influyeron indudablemente en su doctrina.

En su obra fundamental, «Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de las riquezas de las naciones» existe un límite de demarcación, terminantemente establecido, entre los fenómenos económicos propiamente tales y los fenómenos morales. Por esta separación la ciencia económica ha logrado mayor precisión de análisis, pero, desde el punto de vista científico, ha perdido en intensidad y eficacia, desviándose de la verdadera senda y falseando el criterio que debe regir sus investigaciones.

Los economistas posteriores a Adán Smith tuvieron también como objetivo fundamental de sus estudios la riqueza, sin dejar que penetrara en el espíritu de las leyes eco-

nómicas la influencia del factor moral. Así, Malthus se preocupa, en su «Un ensayo sobre los principios de la población» (1803), de las relaciones que se establecen entre la población y la riqueza; Ricardo, formula los principios que rigen la renta de la tierra, y, en general, los demás sucesos del gran maestro tienen visiblemente señalado este estigma de la que denominó escuela o sistema industrial.

Es importante establecer, desde luego, las consecuencias diversas que resultan según que se acepte o se rechace la opinión de los que afirman que la economía es una ciencia moral.

Si el hombre actúa solamente en relaciones de interés, como una verdadera unidad económica, (*homo economicus*), si no existe otra causa de acción que el egoísmo material, la ciencia podría reducirse a fórmulas de álgebra, constatando lo que existe, estudiando el desenvolvimiento de la riqueza amonedada, prescindiendo del análisis de toda evolución económica, por ser imposible que se produzca cambio alguno en el cuerpo social que escape a las cantidades numéricas o a las fórmulas comprobadas.

En cambio, cuando la economía asume el carácter moral que le corresponde, el análisis de lo que es debe unirse al estudio y a la previsión de lo que será, persiguiendo ese mejoramiento y ese ideal de vida cómoda y elevada a que aspiran todos los hombres normalmente organizados.

Como una reacción contra la ciencia económica informada en los principios utilitarios de Adán Smith y sus prosélitos ha surgido la tendencia de la nueva escuela llamada social, hoy en boga, cuyos principios, polifurcados en numerosas orientaciones distintas, han quedado comprendidos bajo la denominación genérica de *socialismo*.

La acepción real de socialismo equivale: al estudio e investigación de los medios apropiados para mejorar la suerte de la humanidad en general y del individuo en particular.

A pesar de las diversas formas aparentes (socialismo dogmático, socialismo burgués, socialismo cristiano, socialismo comunista, socialismo humanitario, etc.) existe un punto de coincidencia de todas estas doctrinas que no ha podido ser borrado por ninguno de los numerosos intérpretes de la teoría socialista: el propósito de transformar la organización social en forma que resulte un beneficio para todos y

para cada uno. Se desea que, en el nombre de la moral, la justicia social tenga un reinado permanente.

La escuela mutualista ahonda aun más la intención de imponer al egoísmo sacrificios útiles en provecho de la colectividad. Llegando hasta reemplazar los principios de la ciencia económica por los dictados superiores de la moral, preconiza la subordinación del interés personal al bienestar social, en la serenidad platónica de un reinado en el que sólo gobiernan la moral y el sentimiento religioso.

Considerando el factor moral, las escuelas de los economistas pueden agruparse en dos grandes fracciones :

1°. El grupo de escuelas que no reconocen otra causa motora que el interés material, llegando a conclusiones únicas e incommovibles. (Escuela de Manchester).

2°. Los que preconizan el predominio de la moral, grupo heterogéneo, en el que se distinguen : los socialistas que fundan sus sistemas en la moral racionalista absoluta (Kant) ; los socialistas de la cátedra, que quisieran llegar por las discusiones, sin violencia y sin revolución, al predominio del Estado, confiando a éste la determinación del orden social bajo las inspiraciones de la moral y la justicia ; la escuela socialista cristiana, que, inspirada en la moral católica, aspira a la organización de la sociedad bajo la égida del estado cristiano, es decir, sometida a la Iglesia, (ésta pudiera considerarse un desprendimiento de la escuela espiritualista) ; el llamado socialismo burgués, que se atribuyó a Bismark y que esperaba hallar la solución de los conflictos sociales y el mejoramiento de la situación individual y colectiva mediante la sana aplicación e interpretación de las leyes, etc. Ha existido un grupo, denominado de economistas ortodoxos, que consideraba innecesario cultivar la ciencia económica al calor de los altos principios morales. El cuerpo social funciona económicamente con toda independencia por la acción combinada del esfuerzo individual que resulta de una organización perfecta.

Esta escuela, coetánea de las doctrinas filosóficas del siglo XVII, debió sufrir su influencia. Con el renacimiento adquirieron interés palpitante y nuevo resplandor las ideas de las antiguas sociedades naturalistas que propiciaban el reconocimiento de la bondad innata del hombre.

Así surgieron los fisiócratas, a quienes se titula los verdaderos fundadores de la economía política. (Quesnay, Gournay, Turgot, etc.)

«Nada hace el hombre que no sea bueno y razonable, luego su organización natural es buena».

Para los fisiócratas no existe otra moral que la que se desprende de las enseñanzas de la naturaleza.

Sus ideas filosóficas, consignadas en el pequeño tratado de Quesnay y emitidas fragmentariamente por el mismo bajo título de «máximas», establecen la inmutabilidad de las leyes físicas y morales. La materialidad es el carácter fundamental de la riqueza, de manera que la utilidad y el valor del trabajo se calculan por la cantidad de materia invertida.

Si bien es lógico constatar el error en que incurren los discípulos de Quesnay, justo es también reconocer el aporte importante con que han concurrido a formar la ciencia económica, proyectando con sus investigaciones nuevas luces en el conocimiento de interesantes cuestiones.

Al definir la Economía nos hemos referido a su carácter social.

Se ha pretendido definir la ciencia económica diciendo que es una rama de la historia natural del hombre y que, si bien era aceptable el honroso título de ciencia moral, tanto o más la convenía el de ciencia natural, no menos digno ni menos verdadero. Esto será exacto en cuanto se acepte que la rama de la historia natural a que se refiere la definición es la que se ocupa de las relaciones sociales del hombre.

Creemos que es más exacto definir la ciencia económica, como lo hemos hecho, sumando a su carácter moral la índole social que le hemos atribuido.

Es incuestionable la derivación del hombre a la vida social. Cuando más se eleva el grado de civilización de los pueblos, más se advierte la tendencia a la formación de colectividades, que se van proyectando, a la manera del movimiento producido en las aguas mansas cuando cae un cuerpo sólido, en círculos cada vez más dilatados y más comprensivos, dentro de los cuales se desenvuelven grandes núcleos de individuos, vinculados por sentimientos religiosos, por ideas políticas y por intereses recíprocos y comunes a todos.

La psicología del hombre revela un ser afectivo y religioso. El análisis de su naturaleza trae a nuestro espíritu la convicción de que no sólo es un ser social porque ha querido serlo sino porque orgánica y espiritualmente está constituido para serlo.

Siendo el propósito de la ciencia económica descubrir los medios para lograr el mayor bienestar posible en la vida del hombre, y siendo esta vida de relación necesariamente social, es un corolario forzoso que debe ser una ciencia social.

Corresponde a esta ciencia estudiar la sociedad en su estado natural y observar el desenvolvimiento de los grupos humanos a través de sus múltiples aspectos. Como muy bien lo expresado L. Beaulieu, la economía política no es una ciencia *a priori*, resultado de la manera particular de pensar del siglo XVIII, no se aplica únicamente a una sociedad de reciente formación, como la que se constituyó sobre las ruinas de la organización social. Las leyes económicas han seguido el curso de todas las etapas del progreso humano y, si todos los medios sociales no son igualmente penetrables a los móviles económicos, ninguno es absolutamente refractario.

Pero si la ciencia económica es de carácter social, no es, en cambio, la única ciencia social, ni la más general de todas ellas.

Es, no obstante, la ciencia social más positiva. Sus doctrinas *a posteriori* se fundan en la observación minuciosa de hechos cuya reproducción se constata al través del tiempo, así como la de las circunstancias que los rodean. Si es exacto, como dijo Stuart Mill, que es difícil la experimentación en las ciencias sociales, por la índole de los fenómenos, también es verdad que, entre éstos, los fenómenos económicos, como los relativos a la producción y a la riqueza, son los que con más facilidad, relativa, pueden ser sometidos a estudio.

La escuela positivista que asimila las sociedades a las especies aplica a la economía de la vida social los principios de Darwin.

De acuerdo con el criterio de Spencer y de Comte, cuyas opiniones corresponden a la escuela positivista, las so-

ciudades se desarrollan a impulsos de una evolución necesaria, en la cual se distinguen diversos períodos.

A cada período corresponde una economía particular. De esta conjugación de los principios evolucionistas y de la economía resulta la sociología o ciencia natural.

El empleo del método social de la escuela evolucionista resulta algo desproporcionado y no exento de exageración. No debe abusarse del criterio con que contempla la ciencia económica esta escuela, porque, a parte de basarse en un principio hipotético, aunque admirablemente expuesto y razonado por el filósofo sajón, como es el principio evolucionista, su abuso ha desviado la orientación definida de algunas escuelas.

Los socialistas de la cátedra han forjado su sistema histórico-legal, determinando las leyes el punto preciso de la evolución en que se vive.

Por medio de la cooperación del Estado, los socialistas propiamente dichos se proponen no sólo determinar el punto a que se ha llegado sino hacer que avance la evolución.

En resumen, la economía política es una ciencia social, porque su estudio se relaciona con las necesidades y con la actividad del hombre, que es un sér incapaz de vivir fuera del estado social; porque el pretendido *estado de naturaleza*, a que se refería J. J. Rousseau, constituye uno de los más grandes errores de cuantos se han enunciado.

SALVADOR ORÍA.
